

Acerca de la crisis de la izquierda independiente (parte II)

# LENIN, EL PARTIDO Y OTROS *DEMONIOS*

**FERNANDO AIZICZON**

Historiador, docente UNC.

**EDUARDO CASTILLA**

Blog Apuntes de Frontera.

En el anterior número de *IdZ*<sup>1</sup> afirmamos que la izquierda independiente padecía un evidente *vacío estratégico* que, sumado a la reiteración de sus dogmas teóricos, la encerraba en una fuerte crisis política. Señalamos que una de sus delimitaciones centrales en relación a la “vieja” izquierda era, precisamente, la idea de Partido ligada a la tradición marxista revolucionaria. Haremos aquí algunos señalamientos sobre esa cuestión esencial.

## Demonizando a Lenin

A diferencia de las fuertes controversias públicas que dan vida a la izquierda partidaria, nadie conoce las verdaderas causas de la implosión de la *nueva* izquierda o el por qué de la desaparición de muchas de sus organizaciones en tiempo récord, tal como ocurrió con la COMPA<sup>2</sup>. La paradoja de esta historia de silencios reside en que, buscando una fórmula superadora de la “vieja izquierda”, sus intelectuales escribieron que:

La izquierda por venir no se acomoda (...) a los formatos clásicos del partido y la vanguardia (...) Cuando los partidos y las vanguardias clásicas tuvieron la posibilidad de dirigir procesos de esta naturaleza, terminaron sustituyendo e instrumentando a las instancias y núcleos de poder popular (...) La mayoría de las organizaciones y aparatos de esta izquierda (...) se identifican a partir de sus capacidades para estropear (...) ese mínimo de poder colectivo y sus relaciones de reconocimiento (...) No asumen que la organización como saber exterior ha entrado en crisis<sup>3</sup>.

Esta cita condensa los aspectos centrales de la “nueva” crítica a la idea de Partido que, a la luz de los experimentos electorales de la nueva izquierda, pierde validez<sup>4</sup>. Es importante señalar que dicha crítica carece de originalidad, reinciendiando en argumentos que, desde hace décadas, se utilizan para atacar la idea de partido revolucionario.

La operación consiste en igualar la concepción de Lenin (el “monstruo”) a los aparatos burocráticos de los PC estalinizados. En nuestras pampas la practicaron las mejores plumas



expulsadas del PC, que constituyeron la versión criolla de la “nueva izquierda” desencantada de sus experiencias foquistas y del acercamiento al peronismo revolucionario. En 1980, Oscar del Barco<sup>5</sup> escribía:

La idea de Lenin a que nos referimos, y que según nuestro parecer conforma la matriz de su pensamiento y su acción política, fue expuesta explícitamente en el *¿Qué Hacer?* y afirma (...) que son los intelectuales burgueses quienes, desde afuera de la clase obrera, crean la ciencia o la teoría revolucionaria del proletariado, el cual sin esta ciencia sólo puede llegar a adquirir una conciencia tradeunionista de sí mismo<sup>6</sup>.

La construcción de una *continuidad* entre leninismo y estalinismo expresó siempre, en el plano ideológico, un reflujo de la lucha de clases y un éxodo masivo de la intelectualidad de izquierda desde las ideas revolucionarias hacia la democracia liberal o formatos atemperados de la misma.

La izquierda independiente recicló, de manera *ahistórica*, esas ideas para justificar una práctica que, lejos de una opción anticapitalista, se refugia en organizaciones inofensivas, supuestamente horizontales y “sin liderazgos”, buscando construir *poder popular* pero sin afectar los poderes realmente existentes. Siguiendo la moda antipartido –cuya principal vedette fue Holloway y su exótica interpretación de un ejército indígena campesino (EZLN)– los intelectuales de esta corriente demonizaron a Lenin, y para eso, lo mejor fue desfigurarlo. Pero, ¿era Lenin un manipulador de movimientos espontáneos, un demagogo o el fundador de una organización carcelaria?

Todo lo contrario: Lenin expresa un *pensamiento dinámico, vivo y abierto a las tendencias de la realidad*. Bajo persecuciones y en la ilegalidad (1903) blindó al partido; bajo un clima más propicio fue el primero en rechazar la “vieja” forma de partido y proponer modos de organicidad menos rígidos, con la mayor libertad posible (1905). Antiburocrático y opuesto a toda regimentación innecesaria de una organización, su malinterpretado *¿Qué hacer?* no es más que una lucha abierta contra el espíritu tradeunionista (sindicalista) y contra la escisión

de lo económico y lo político (hoy replicada en la separación entre *lo social y lo político*) que idealiza la inevitable “espontaneidad” desde la que parte toda resistencia pero sobre la cual siempre actúan tendencias reformistas.

¿Es necesario insistir en que lo espontáneo en estado “puro” no existe sino que nace encorseado por la ideología burguesa? Lenin desorienta a sus críticos cuando exige “Todo el poder a los soviets”. ¿Hay dogmatismo en esta radicalidad crítica o, más bien, un cambio de posición frente a un giro del contexto político que impacta en cualquier organización? Otro tanto vale para el demonizado *centralismo democrático* de Lenin, que de ningún modo es un dogma estatutario sino un criterio de organización sujeto al desarrollo de la relación entre partido y vanguardia obrera en el curso de la lucha de clases.

Aquellos que “olvidan” la crítica radical a sus modelos de cambio social bien podrían releer qué críticas sostenía Lenin cuando los bolcheviques llegaron al poder. Y si eso les resulta tedioso pueden leer –con las reservas del caso– la “despedida” del Subcomandante Marcos y su comentario al nacimiento del EZLN: “Nada de lo que hemos hecho (...) hubiera sido posible si un ejército armado (...) no se hubiera alzado contra el mal gobierno ejerciendo el derecho a la violencia legítima”. De este acto de violencia surgió, como sabemos, el “personaje” del Subcomandante Marcos...

### La construcción de la estrategia

No se trata de reverenciar a Lenin. No pocos sectores de la izquierda partidaria hacen culto a su figura, coleccionan citas e imágenes y ayudan a reforzar la idea de que, tras su nombre, una férrea e inmodificable organización, con cuadros de piedra, tienen su programa listo para cualquier coyuntura. Aferrarse a esos ejemplos solo sirve para discusiones simplistas. Ninguna organización, sea partido, movimiento o “casa popular”, está libre de dogmatismo o “aparatismo”, y quizás sea esa lección la que más rápido esté asimilando la izquierda independiente, luego de los poco horizontales acuerdos electorales de sus dirigentes.

Lo que aquí buscamos es, no solo criticar los dogmas de la nueva izquierda, sino señalar que la construcción de una organización del tipo

partido revolucionario es inseparable de una *concepción estratégica* pensada para una realidad determinada. Dicha estrategia no subsume en absoluto al partido en una práctica monolítica. Todo lo contrario: intervenir en las luchas actuales obliga a dinamizar su militancia, pone a prueba su teoría, flexibiliza su organización de cara a una dialéctica con la época y con el movimiento de masas. Todo esto no hace más que diversificar su terreno de intervención *sin perder el norte estratégico*.

En 1969, Daniel Bensaïd y Alain Nair señalaban que la concepción de Lenin sobre la organización se fundaba en la *hipótesis estratégica* que partía del carácter capitalista de la formación social rusa, del peso relativo de las clases sociales y de sus relaciones recíprocas. De allí definirá un *sujeto teórico-histórico* de la revolución (el proletariado como clase central en el modo de producción) y un *sujeto político-práctico* (el partido de vanguardia derivado de esa estructura) que sólo aparecen “coincidiendo” en el momento de la crisis revolucionaria<sup>7</sup>.

Sin pretender homologar realidades y épocas históricas, es evidente que la fuerza relativa de la clase trabajadora es inconmensurablemente mayor en la Argentina actual que en Rusia de 1917. Cerca de 13 millones de trabajadores poseen un enorme poder social capaz de golpear la producción económica como se evidenció en el reciente paro nacional del 10A. Cualquier hipótesis estratégica de revolución social en la Argentina no puede prescindir de ese potencial.

No es casual entonces que, sobre esa fuerza social, actúen los mecanismos de control del poder capitalista como la burocracia sindical, esencial como policía al interior de la clase trabajadora. La perspectiva de una lucha revolucionaria *real* en Argentina supone la tarea estratégica de aportar a la recomposición subjetiva de la clase trabajadora, a la recuperación de sus organizaciones<sup>8</sup> y a la derrota de esa burocracia.

Nuestra insistencia en el proceso de recomposición en la clase obrera no es caprichosa. Allí pueden observarse nuevos fenómenos de vanguardia cuyo carácter evidencia una creciente radicalidad de las luchas, una fuerte potencialidad política de sus reclamos, una práctica de articulación de diversos sectores que buscan »

romper la coraza burocrática peronista y la relación creciente con sectores de la izquierda. Allí no hay un intento de dirección “autoritaria y mesiánica” desde el “exterior” sino un proceso de creciente *fusión*. Si en el poder estructural de la clase obrera residen las bases del *sujeto histórico*, en esta dialéctica relacional entre franjas avanzadas de los trabajadores y un sector de la izquierda partidaria residen las de la construcción del *sujeto político* de la revolución.

Evidenciando esa relación, las luchas actuales que da la izquierda en el movimiento obrero ponen en el centro de las preocupaciones de burócratas, gobernantes y empresarios, la cuestión de “barrer a los zurdos”. Eso podría ayudar a los militantes honestos de la izquierda independiente en su ruptura con dos prejuicios muy fuertes: la no centralidad del sujeto obrero, y la supuesta “exterioridad” de la izquierda partidaria en sectores de masas.

### De cómo articular demandas populares y construir hegemonía obrera

Si la construcción de una organización independiente de la clase trabajadora es una de las tareas de la lucha revolucionaria, no menos fundamental es la cuestión de unir esa fuerza con las demandas del conjunto de los oprimidos. Lejos de cualquier *esencialismo clasista u obrerismo*, la necesidad del partido revolucionario se apoya también en la tarea estratégica de articulación entre clase trabajadora y el conjunto de los oprimidos. Demandas que abarcan los problemas de género o la destrucción del medio ambiente, o problemas estructurales como el acceso a tierra y vivienda, están indisolublemente ligadas a la transformación revolucionaria del país. Esas demandas implican la pelea unificada contra el Estado en tanto garante del poder capitalista y las formas de opresión social.

Pero esa confluencia no es espontánea. La hegemonía ideológica burguesa repercute en el plano organizativo limitándola. Entonces, ¿quién puede posibilitar la lucha por esa unidad, qué organización puede tender puentes entre luchas diversas? ¿Qué ideas pueden contribuir a evitar la *esencialización* de cada demanda o la recaída en la interminable serie de “derechos” o “ciudadanía” graduales desconectadas de un proyecto mayor ligado a la destrucción del orden capitalista?

El Partido tiene como función *unir la diversidad*, acercar a las distintas capas oprimidas ayudando a sintetizar experiencias en la lucha. Pero, acorde a la hipótesis estratégica señalada, lo hace desde la perspectiva de la *hegemonía obrera*, es decir *convertir la fuerza social objetiva de la clase trabajadora en dirección subjetiva del conjunto de los explotados y oprimidos*. Esta alianza revolucionaria es un *objetivo político* al que sólo puede arribarse por medio de

una batalla al interior de la clase trabajadora contra la burocracia sindical, las tendencias que reducen la lucha de clases a los problemas económicos y peleando *por* la conciencia obrera contra la hegemonía ideológica burguesa.

La crisis del 2001 permite dos ejercicios de ejemplificación. Por la negativa, sobre la base de la recuperación económica, la política estatal desplegada por el primer gobierno kirchnerista dividió a las distintas capas sociales protagonistas de las jornadas de diciembre. La cooptación de organizaciones de DD. HH. y de desocupados así como la integración política de la burocracia sindical ayudaron a cerrar el proceso de movilización social previo, evidenciando la ausencia de una estrategia unificada por parte de la clase trabajadora y las capas oprimidas.

Por la positiva, hay un ejemplo conocido por la militancia de base de la izquierda independiente, pero escamoteado por su dirigencia. Es el caso de la fábrica de cerámicos Zanon en Neuquén, cuya perspectiva hegemónica aportó a la coordinación de obreros, desocupados, docentes, estudiantes y comunidades mapuches, planteando demandas comunes como el problema de la vivienda, la defensa del medio ambiente o la educación (Zanon posee una escuela dentro de la fábrica). En el plano organizativo, su sindicato hace más de 10 años practica la rotación de dirigentes y asienta sus estatutos en el sindicalismo clasista y el socialismo<sup>9</sup>.

Ninguna de las “nuevas prácticas” de la nueva izquierda osó ir tan lejos como Zanon; es más, parte de esa experiencia implicó a la Lista Marrón –conformada por obreros independientes y del PTS–, logrando ingresar en la Legislatura neuquina a la “banca obrera y popular”, como la denominó Raúl Godoy. Su participación dentro del FIT neuquino permitió hacer una primera experiencia, inédita en la arena parlamentaria, junto a la “forma-partido”. ¿“Exterioridad” a los procesos del pueblo oprimido, aparatos destruyendo experiencias “espontáneas”? Mucho más cerca geográfica y culturalmente que Venezuela, la experiencia de Zanon ofrece, con todos sus límites, un ejemplo de *hegemonía obrera*.

### Algunas conclusiones de un debate abierto

Los intelectuales de la izquierda independiente menosprecian las premisas estratégicas señaladas. Esa actitud tiene raíces políticas: la orfandad teórica post derrumbe de la URSS, la moda del eclecticismo en la praxis y las sucesivas crisis de la izquierda argentina en los ‘80 y ‘90, entre otras. Sirviéndose de la recomposición –altamente limitada– del nacionalismo burgués latinoamericano, esta corriente creyó encontrar un *sujeto plebeyo* al amparo del *Estado*; para ello, los principios revolucionarios fueron *suspendidos* en función de permitir la adhesión acrítica a experiencias estatales (Venezuela), recreando una nueva galería de ídolos

políticos, como Chávez y Fidel. Del “socialismo desde abajo” no quedó más que una envejecida declaración de bellas intenciones.

Se comprende que el rechazo tajante a la idea de partido revolucionario, a discutir su tradición, es la excusa para abandonar una política revolucionaria real. A pesar de su discurso antisistémico, la izquierda independiente eligió construirse bajo un imaginario difuso, no rupturista, estatalista y, en última instancia, reformista.

En momentos donde la lucha de clases empieza a delinear contornos más claros, es evidente que el proyecto de la izquierda independiente conduce a dos derivas: la impotencia política o la adaptación a la agenda política burguesa bajo el formato “nuevo” de una fuerza electoral. ●

1. “De *viejos y nuevos dogmatismos*”, *IdZ* 10.
2. La COMPA (Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina) se fundó a fines de 2009 y se borró del mapa sin dar explicaciones. Luego, en 2013 el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) –la mayor organización– se partió en FPDS y FPDS-CN; éste último intentó durante 2014 fusionarse con Marea Popular, aunque al momento de escribir estas líneas no existe información pública sobre si dicho proceso atraviesa nuevas crisis o si resulta exitoso. Concluirá todo lector que el secreto de sus dirigentes es la clave de bóveda de estas corrientes tan particulares.
3. Ver Miguel Mazzeo, *El sueño de una cosa (Introducción al poder popular)*, Buenos Aires, Ed. El colectivo, 2006. Mazzeo sintetiza los lugares comunes de esta corriente. Aunque pueden encontrarse matices, mezclas de concepciones adversas e incluso incompatibles, ningún intelectual rompe el “relato” de la nueva izquierda en un sentido de avance que supere las “cavilaciones” y crisis.
4. En la campaña electoral de Camino Popular, partido de la nueva izquierda fundado en 2013 bajo un acuerdo a puertas cerradas entre sus dirigentes y una vieja figura de centroizquierda como Claudio Lozano, el *blef* televisivo más comentado fue cuando uno de sus militantes expresó la idea de “No demonizar a la Cámpora”. La condición para sostener moralmente semejante consigna fue “demonizar a Lenin”.
5. Fundador de *Pasado y Presente*, exiliado político, referente ineludible de aquellos que hoy condenan la violencia revolucionaria de los ‘70 y ejemplo del pensamiento que relaciona caprichosamente partido leninista y autoritarismo.
6. Oscar Del Barco, *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas*, Buenos Aires, Ed. Biblioteca Nacional, 2011, p.107.
7. Daniel Bensaid, Alain Nair, “A propósito del problema de organización: Lenin y Rosa Luxemburgo”, *Cuadernos de Pasado y Presente* 12, 1986.
8. Ver “Frente único: la actualidad de una cuestión estratégica”, *IdZ* 7.
9. Ver Fernando Aiziczon, *Zanon. Una experiencia de lucha obrera*, Buenos Aires, Ed. Herramienta, 2004.